

Gösta Esping-Andersen*

LA POLÍTICA FAMILIAR Y LA NUEVA DEMOGRAFÍA

El modelo familiar ha sufrido una transformación radical en las últimas décadas. La incorporación de la mujer al mercado laboral, el descenso de la natalidad y las crecientes dificultades económicas que afronta la familia media apuntan la necesidad de buscar soluciones que garanticen la supervivencia del Estado del Bienestar en el futuro.

Palabras clave: demografía, estructura familiar, fecundidad, tasa de natalidad, empleo femenino, Estado del Bienestar.

Clasificación JEL: J12, J13, J8.

1. El reto

La familia ha sufrido una transformación radical en las últimas décadas, y es difícil hacerla encajar en las descripciones que de ella se hacían en los años sesenta. La otra norma dominante, hombre sustentador y mujer ama de casa, está al borde de la extinción en muchos países.

El ciclo vital de las mujeres se ha «masculinizado» en lo referido al logro educativo y cada vez más, también, en lo que tiene que ver con su acceso y continuidad en el trabajo. Y, estén o no forzosamente dedicadas a su carrera, lo cierto es que sus sueldos son cada vez más necesarios para los ingresos familiares. De hecho, el nuevo compromiso de las mujeres con el trabajo debe ser considerado tanto un beneficio social (ya que un máximo empleo femenino es condición *sine qua non* en sociedades envejecidas), como un hecho crucial para el bienestar familiar (debido a que

las ganancias masculinas resultan cada vez más insuficientes para evitar la pobreza).

Las familias también son cada vez más volátiles debido a emparejamientos menos estables. En Escandinavia y Norteamérica, hay un 50 por 100 de posibilidades de que un niño no pase su infancia con los dos mismos padres. Como resultado de ello, asistimos a la proliferación de nuevos hogares «atípicos». Personas solteras y familias monoparentales están en alza, así como parejas en cohabitación. En Dinamarca y Suecia, cerca de la mitad de los niños nacen fuera del matrimonio. A partir de los datos del Panel de Hogares de la Unión Europea, vemos que familias de un solo progenitor representan aproximadamente el 10-12 por 100 de todas las familias con hijos de la UE —aunque Italia y España permanecen considerablemente por debajo con un 4-5 por 100.

En el pasado, la decisión de los padres de tener hijos estaba fuertemente motivada por su necesidad de seguridad financiera y cuidados en la vejez. De ahí que la fecundidad estuviera encaminada en favor de tener un gran número de hijos. El declive de las tasas de natalidad en el largo plazo es el resultado de la interacción de factores tales como la emergencia del Estado del Bienestar, la carrera profesional

* Universidad Pompeu Fabra, Barcelona.

El autor desea reconocer el apoyo del MCyT, proyecto número: SEC 2003-02699, y de la fundación BBVA, proyecto I04.

de las mujeres, la emergencia del control de natalidad y la extensión de valores más individualistas. El coste de los hijos está aumentando debido, en buena parte, a los crecientes costes de oportunidad que éstos suponen para las madres en términos de pérdida de ingreso potencial. Y, al mismo tiempo, el cálculo mismo del coste de los hijos está alterándose debido a que los niños son cada vez más una externalidad positiva, un beneficio para la sociedad en su conjunto. El número de niños que nacen es decisivo para contrarrestar el envejecimiento de la población y el decreciente tamaño de la futura población en edad de trabajar; además, la «calidad» de los niños será más relevante en la medida en que la competitividad de las economías intensivas en conocimiento dependa, en última instancia, de las cualificaciones de su fuerza de trabajo.

Mientras que las tasas de fecundidad han descendido del 3+ durante el *baby-boom* a menos del reemplazo en casi todos los países desarrollados, existen ahora grandes diferencias entre países que no pueden explicarse fácilmente por las preferencias familiares. En Norteamérica, Escandinavia, Francia y Reino Unido, las tasas de natalidad «tocaron fondo» en los ochenta, y a partir de entonces, han empezado a crecer de nuevo hacia el 1,7-1,8 (2,1 en EE UU). El típico país europeo continental se ha estancado alrededor del 1,4, mientras los países del Sur de Europa parecen haber caído en un «equilibrio de baja fecundidad» en torno al 1,1 ó 1,2 hijos por mujer. Disponemos de buena información sobre las preferencias populares procedente de datos de encuestas internacionales (Bien, 2000).

Dos hechos destacan en estos estudios: uno, que hay muy poca divergencia internacional en cuanto al número de hijos que los ciudadanos desean tener (entre 2,2-2,4) y, dos, el número deseado de hijos sobrepasa la realidad en la mayoría de países: en España es el doble del número real de niños nacidos; en algunas regiones, como Asturias en España y el Véneto en Italia, la fecundidad ha bajado hasta el 0,8. Si los ciudadanos no pueden formar la clase de familias que desean tener, nos enfrentamos a un doble déficit de bienestar: el de los individuos y el de la colectividad social.

El siglo XXI requiere una política familiar radicalmente nueva por tres razones básicas. Una, por razones de bienestar, debemos asegurar que las personas puedan formar sus familias de acuerdo con sus deseos. Dos, dado que tanto las familias como la sociedad necesitan movilizar la participación laboral de las mujeres (y que esto se corresponde claramente con las preferencias de las propias mujeres), la fecundidad y las carreras de las mujeres necesitan ser conciliables. Y tres, porque la nueva estructura del empleo y de los hogares se combinan para intensificar los riesgos sociales a los que se enfrentan las familias con hijos. El bienestar de las familias y, especialmente, nuestra inversión en el desarrollo de los niños será la llave de la eficiencia económica y la integración en la sociedad del mañana.

El modelo de bienestar español, como en otros países europeos, ha sido excesivamente lento en su adaptación al nuevo orden y representa, en consecuencia, una aproximación bastante anacrónica a las necesidades y riesgos sociales. Es un modelo de bienestar anclado en una seguridad social tradicional que presume un empleo masculino estable de por vida. Su provisión de servicios familiares, bien sea hacia los ancianos o hacia los niños, es casi inexistente. Excepto en lo referido a exenciones fiscales (que principalmente benefician a los hogares acomodados) no existen ayudas familiares que redistribuyan los costes de los hijos. A pesar del incremento del empleo femenino, el Estado del Bienestar español todavía asume que las responsabilidades del cuidado de los dependientes debe ser internalizado por las familias. En otras palabras, el modelo de bienestar español es todavía extraordinariamente «familista». La cuestión crucial a tener en cuenta aquí es que este «familismo» es cada vez más contraproducente para la formación y el bienestar familiar.

2. Formación de familias y nueva estructura del riesgo

Muchos creen que las crecientes desigualdades y los riesgos sociales más intensos son la consecuen-

cia inevitable de la globalización. Sin embargo, sus principales consecuencias se encuentran en el cambiante comportamiento demográfico y en la naturaleza también cambiante del empleo. El bienestar de la familia está viéndose afectado por la emergencia de un nuevo ciclo vital, por cambios en la estructura de los hogares, por los nuevos dilemas que surgen de la economía de servicio, por la importancia cada vez mayor de las cualificaciones y por las crecientes desigualdades de ingreso.

El ciclo vital

El ciclo vital tradicional era bastante lineal y homogéneo, con empleos tempranos y estables para los hombres y una vida dominada por el cuidado de la casa para las mujeres. Los hombres que se jubilaban en los 50 y 60 disfrutaban de pocos años de ocio, debido simplemente a que su esperanza de vida rondaba los 67-69 años. La pobreza en la tercera edad era un fenómeno bastante extendido, en buena parte porque pocas mujeres tenía derecho a pensión.

Hoy, la transición a la edad adulta es lenta y tardía. Una educación más larga retrasa su llegada y, a menudo, formidables obstáculos en los mercados de trabajo y de la vivienda ayudan a prolongarla. Esta transición resulta incluso más irregular en tanto que los jóvenes (especialmente las mujeres) necesitan «articular» muchas prioridades a la vez, antes de empezar a formar una familia. Los primeros nacimientos se producen ahora cuando las mujeres tienen como media, 28 ó 29 años. En el Sur de Europa, los adultos jóvenes permanecen en el hogar paterno hasta la edad de 25-30 porque la independencia es cada vez más difícil. La inestabilidad marital y laboral se combina para dar lugar a biografías mucho menos lineales y a menudo complejas reconfiguraciones de los hogares.

En los países nórdicos, no es tan raro que un niño tenga ocho o incluso doce abuelos, dependiendo de la frecuencia del cambio de pareja.

El cambio en la estructura de los hogares

La familia convencional de sustentador masculino está convirtiéndose en algo atípico, ha sido suplantada por una pluralidad de nuevas formas de hogar, sean éstos unipersonales, monoparentales o de doble sustentador. Las parejas son más inestables e informales. Cada vez en más países, el niño medio no pasa toda su niñez con ambos padres. Todo ello supone nuevas debilidades, pero también nuevas fortalezas. Los padres solteros se enfrentan a un alto riesgo de pobreza, y la familia de un solo sustentador corre cada vez un mayor riesgo de caer en la pobreza —especialmente si la encabeza un trabajador no cualificado—. La selección marital implica que los hogares puedan estar polarizándose. Se aprecia, de un lado, un considerable porcentaje de hogares «pobres en trabajo», a menudo a gran distancia de cualquier relación laboral sólida y, por otro, un creciente número de hogares «ricos en trabajo». La brecha de bienestar entre los dos se ensancha probablemente debido a que las mujeres menos educadas son las que menos trabajan. Si lo hacen, la distancia entre dos salarios bajos y dos salarios altos es importante. Sin embargo, está bastante claro —y conviene señalarlo— que las desigualdades de ingreso entre los hogares generalmente disminuyen más cuando las mujeres trabajan.

Los niveles de fecundidad contemporánea apuntan un déficit de bienestar especialmente problemático. Nos equivocamos si creemos que las bajas tasas de natalidad de España y Europa reflejan un nuevo conjunto de valores. Como mencionamos más arriba, los ciudadanos prefieren tener al menos dos hijos y si no pueden alcanzar esta meta nuestro trabajo debe ser el de identificar las causas subyacentes.

A primera vista, el retraso en la edad del matrimonio y primer nacimiento parece ofrecer una explicación convincente ya que, por definición, esto implica una pérdida de años potencialmente fértiles. Aun así, los datos comparativos nos indican que ésta es una explicación insuficiente porque, en algunos países (como Dinamarca) las mujeres recuperan el tiempo perdido hasta el primer na-

cimiento (Jensen, 2002). La edad media de los primeros nacimientos es prácticamente idéntica en Dinamarca y España, pero el resultado final es que la fecundidad total en Dinamarca es un 50 por 100 más alta que en España.

3. Los dilemas de las economías de servicios

Nuestros Estados del Bienestar fueron construidos por una economía industrial. Una demanda de consumo sostenida unida al crecimiento de la productividad aseguraba un empleo estable y bien pagado para el típico sustentador masculino. Nuestro compromiso con el pleno empleo se ha redoblado ahora debido a la entrada de las mujeres trabajadoras. Además, debemos confiar enteramente en los servicios para el crecimiento del empleo y esto supone un nuevo conjunto de serios dilemas. En primer lugar, muchos servicios compiten directamente con la capacidad doméstica de autoservicio. Por tanto, el crecimiento del empleo depende de la externalización de las necesidades de servicio. Debido a la incorporación progresiva de la mujer al trabajo, los hogares se enfrentan a restricciones de tiempo y esto supone un estímulo para la demanda de servicios. Pero esto no ocurrirá automáticamente si los servicios son demasiado caros. En ello descansa el segundo de los obstáculos. Muchos servicios intensivos en trabajo, como los servicios personales y sociales, se hacen cada vez más caros (Baumol, 1967; Fuchs, 1968). Ello es más que evidente para aquellos padres que llevan a sus hijos a guarderías privadas o que ingresan a un anciano enfermo en una residencia.

El tercer obstáculo para una economía de los servicios dinámica descansa en la práctica de fijación de salario. La compresión salarial, el salario mínimo y unos elevados costes salariales fijos suponen un obstáculo al sector privado del empleo de servicios, especialmente en aquellos de baja productividad. Aquellos Estados del Bienestar (como el de España) que descansan principalmente en los ingresos provenientes de las cotizaciones sociales son especialmente propensos al estanca-

miento del empleo, debido tanto a unos excesivos costes salariales fijos como a la estrecha base de cotización.

Sin duda, una economía de bajos salarios al estilo americano puede proveer servicios asequibles a las familias medias. Pero el empleo de bajo salario incrementa sustancialmente la pobreza y también provoca enormes diferencias en lo que a calidad del servicio se refiere. Esto último puede resultar especialmente problemático en los servicios de cuidado personal y de educación. La única alternativa real es hacer asequibles tales servicios a través de la provisión o subvenciones públicas. Ésta, que es la estrategia escandinava, necesita una fuerte base impositiva. Las economías sin mercado de bajo salario ni subvención pública, se enfrentarán a un lento crecimiento de los servicios y esto, a su vez, implicará una oferta insuficiente de servicios a las familias y un desempleo importante.

La importancia creciente de las cualificaciones

Las cualificaciones son, como siempre, cruciales para las oportunidades vitales. La Economía del Conocimiento, sin embargo, está elevando la apuesta inicial, es decir, los requerimientos básicos para asegurar un buen trabajo y buenos ingresos. Además, la clase de formación demandada es cada vez más diversificada. La economía del conocimiento requiere aprendizaje y reaprendizaje constantes, pero ello supone una amplia base cognitiva desde la que partir. Cada vez es más probable que una educación baja y unas destrezas cognitivas insuficientes encierren a los ciudadanos en un ciclo vital de precariedad, bajos salarios y alto riesgo de desempleo. Ello, además, puede incrementar el riesgo de pobreza en la vejez. Observamos en este hecho un potente cauce de polarización social emergente entre los ganadores y los perdedores en el orden posindustrial.

Sin embargo, un énfasis exagerado en la producción de conocimiento debiera ser corregido. La economía de los servicios está, sin ninguna duda, sesgada a favor de

los trabajos cualificados. Aun así, una buena parte de los servicios personales, sociales y de distribución son pura rutina y exigen poca cualificación (Esping-Andersen, 1993; OCDE, 2000). Favorecer la expansión de los servicios sociales, a la manera de los países nórdicos, no eludirá el escenario de baja cualificación —aunque producirá menos problemas de bajos salarios—. Favorecer una trayectoria de bajos salarios al estilo americano, sí lo haría.

Con todo, la cuestión clave no es si una economía está repleta de «malos» empleos porque sería el resultado inevitable de cualquier economía de los servicios verdaderamente dinámica, sino de si pueden asegurarse a los ciudadanos unas oportunidades realistas de movilidad. Hay fuerte evidencia a favor del hecho de que los mercados de trabajo desregulados no proporcionan mayores oportunidades de movilidad, sino más bien al contrario.

En otras palabras, si nuestro objetivo es igualar oportunidades de vida, cualquier política concebible para promover el empleo necesita ir acompañada de medidas que favorezcan la movilidad ascendente. Esto significa invertir en formación desde el mismo momento en que nacen los niños. Los programas de corrección tardíos son costosos e ineficientes.

Intensificación de las desigualdades de ingreso

La «época dorada» del capitalismo de la posguerra estrechó las desigualdades de ingreso y bienestar, en parte debido a la mejora de la posición de los trabajadores menos cualificados. Desde los años setenta asistimos a un gran cambio «en forma de U» con crecientes desigualdades de mercado en casi todos los países de la OCDE. El índice de Gini de los ingresos de mercado ha crecido en torno a un 10-25 por 100 en los países avanzados debido a que las decilas superiores han crecido y, en algunos países, las inferiores han perdido terreno.

Ello significa que la carga de la redistribución del Estado del Bienestar es cada vez más pesada. Ahora bien, en muchos países las reformas fiscales y la reduc-

ción del beneficio implican que el Estado del Bienestar es cada vez menos efectivo en la reducción de las desigualdades (Esping-Andersen, 2002). Desgraciadamente, es probable que el curso de esta desigualdad persista, puesto que proviene de las mismas fuerzas que están alterando el mundo a nuestro alrededor —fundamentalmente el nuevo tipo de empleo, cualificaciones y estructura de los hogares—. Por desgracia, las nuevas desigualdades afectan más bien a las familias jóvenes y afectarán adversamente al bienestar de los niños. Los bajos salarios y el empleo precario se concentran en adultos jóvenes (o sea, padres) y, por tanto, un creciente porcentaje de niños viven en hogares «frágiles» (como los de madre sola).

Es este cambio básicamente endógeno, y no vagas fuerzas siniestras como la globalización, el que produce nuevos riesgos. Si la globalización fuera la culpable, uno esperaría que economías inusualmente abiertas, como la holandesa, la danesa o la sueca, estuvieran encabezando las listas contemporáneas de pobreza, desempleo y desigualdad. En lugar de ello, se observa que esos mismos países se sitúan a la cabeza en la mayoría de los indicadores disponibles sobre bienestar y empleo. A pesar de todo, la nueva estructura del riesgo proviene de fuerzas estructurales de largo plazo que es improbable que desaparezcan. Si nos equivocamos en la respuesta, corremos el riesgo de encaminarnos hacia dos escenarios de bienestar claramente subóptimos.

Sybil revisitada

El gran éxito del Estado del Bienestar de la posguerra fue la eliminación de la vieja «cuestión social», la clase de abismo social que Disraeli describió en *Sybil*. Existen ominosos signos de que la brecha que separa a los ganadores de los perdedores se está ensanchando de nuevo, especialmente cuando los perdedores se quedan atrapados en un ciclo vital de precariedad y exclusión. Ésta es una posibilidad muy real entre la considerable minoría que carece de las cualificaciones necesarias para gozar de un empleo estable y bien pagado.

Sabemos, por ejemplo, que los adultos sin educación secundaria y con pocas destrezas cognitivas tiene dos veces más probabilidades de estar en el paro —y especialmente de larga duración (OCDE, 2001). El principal remedio en el pensamiento político actual son los programas de formación permanente y el reciclaje. Por desgracia, estos programas son, por lo general, inefectivos para aquellos que empezaron mal (Heckman, 1999).

En algunos países europeos, como España, hay un 25-30 por 100 de jóvenes que no superan la escuela secundaria y es muy posible que se encuentren, años después, atrapados en ciclos de empleo de bajo salario, dependencia asistencial y desempleo. Hacia el año 2050, puede que encontremos a estos mismos ciudadanos como empobrecidos jubilados. Las condiciones de bienestar en la niñez, son condición *sine qua non* para las posteriores oportunidades de vida.

La sociedad sin niños

Si el equilibrio de baja fecundidad que ahora prevalece continuara, las estimaciones demográficas nos dicen que, hasta el año 2080, la población española caería alrededor de 10 millones. Por tres razones es éste un asunto de preocupación pública. Primero, porque la baja fecundidad es un síntoma de malestar. En segundo lugar, un escenario sin niños implica una sociedad progresivamente envejecida, y lo que ello supone de menor innovación, dinamismo y productividad. Tercero, las consecuencias macroeconómicas de semejante declive demográfico pueden ser graves. Un objetivo fundamental de cualquier sociedad debe ser asegurarse de que los ciudadanos puedan formar la clase de familia que verdaderamente desean tener.

4. Prioridades de la reforma

Estos escenarios descritos son indeseables y, afortunadamente, evitables. Las severas desigualdades y las patologías del bienestar pueden ser minimizadas, como

muestra la experiencia de otros países. De hecho, hay razones sólidas para pensar que el igualitarismo, ahora más que nunca, es una condición necesaria para maximizar la eficiencia.

No estoy en posición de ofrecer un proyecto completo del nuevo modelo de bienestar, pero creo que algunas de sus características centrales son fáciles de definir:

- El futuro Estado del Bienestar necesita priorizar los servicios y aliviar a las familias de sus responsabilidades de cuidado tradicionales. Confiar en el mercado es una solución poco realista si nuestro propósito es potenciar el acceso a estos servicios, y la necesidad de un ingreso básico seguro no desaparecerá aun cuando el desempleo desaparezca. Continuar confiando en los servicios familiares gratuitos o poner la fe en la provisión del mercado son, ambas, políticas visiblemente contraproducentes. Todavía necesitamos un gran Estado del Bienestar, pero nuevo.

- Los métodos de compartir riesgos deben ser reconsiderados tanto para asegurar su sostenibilidad financiera a largo plazo, como por sus problemáticos efectos secundarios. El Estado del Bienestar español, como la mayoría en Europa, está mayoritariamente basado en la Seguridad Social de carácter contributivo. Esto implica una base impositiva reducida y cada vez más frágil, poco adecuada para financiar programas urgentes (como los servicios). Esto supone mayores vacíos de cobertura, especialmente entre los trabajadores atípicos y las mujeres. Ello impone elevados (y crecientes) costes salariales fijos y puede tener, en consecuencia, un efecto adverso sobre el crecimiento del empleo. Teniendo en cuenta la creciente precariedad laboral, el argumento a favor de un ingreso básico garantizado, especialmente para familias con hijos, se ve reforzado. Existe la necesidad de ensanchar la base impositiva en favor de un sistema impositivo más equilibrado.

- El futuro Estado del Bienestar debe priorizar la inversión en familias con hijos y, sobre todo, en el desarrollo temprano de la infancia. Las cohortes venideras serán pequeñas y deberán soportar una carga financiera muy importante. También deberán buscar el éxito en un

ambiente más competitivo que aquel en que nosotros lo hicimos. Y, cuando llegue el día de su retiro, su bienestar estará destinado a depender más de lo que ellos, como individuos, fueron capaces de acumular a lo largo de su vida. Por todas estas razones, no podemos permitirnos que una considerable minoría fracase en la obtención de la cualificación y educación adecuadas.

- El empleo femenino de por vida es la clave de cualquier equilibrio de bienestar futuro. Es el remedio más efectivo contra la pobreza familiar; el desequilibrio demográfico venidero necesita que la oferta de trabajo femenina sea movilizadada tanto como sea posible; la sostenibilidad en el largo plazo de las finanzas del Estado del Bienestar depende de la tasa de empleo femenino; el dinamismo de los trabajos de servicios depende mucho de las mujeres que abandonan sus roles tradicionales de amas de casa. Aquellos países que fracasan en la armonización adecuada del empleo femenino y la familia se encontrarán a sí mismos con desequilibrios realmente importantes en las décadas futuras. Aquí es importante enfatizar que una política «pro madre» no es sinónimo de igualdad de género (Esping-Andersen, 2002: Capítulo 3).

5. Hacia una nueva política familiar

Uno se asombra ante la poca atención que la mayoría de los Estados del Bienestar —y el español en particular— prestan al bienestar familiar. La naturaleza residual de la política familiar resultaba, quizá, comprensible mientras los matrimonios eran estables y se podía confiar en las mujeres para las necesidades de cuidado, y el sustentador masculino podía proveer adecuadamente a la familia. El *baby-boom* de la postguerra fue el eco de un sentido muy compartido de seguridad y bienestar.

Las estadísticas contemporáneas muestran que ninguno de estos atributos sigue siendo válido, en parte porque las preferencias de los ciudadanos han cambiado; en parte debido a la aparición de nuevos obstáculos y riesgos. La familia puede estar amenazada, pero deberíamos distinguir las amenazas al modelo tradicional

que ya no representa las preferencias de las personas, de las amenazas a la vida familiar tal y como la gente la quiere.

Nos enfrentamos a tres retos predominantes: el primero, relacionado con la formación de familias; el segundo, con la conciliación de la vida familiar y laboral; y el tercero, con las cada vez más serias consecuencias de los problemas de ingreso y bienestar en la niñez. Nos enfrentamos a un reto político genuino en la medida en que estas «disfunciones» observadas son indeseadas.

Muchos de los cambios a los que asistimos son fruto de los deseos individuales y no de patologías sociales causadas por las restricciones ambientales. Los jóvenes prefieren más educación y, en consecuencia, retrasan la independencia y la formación de una familia. Las mujeres controlan su fecundidad y, en consecuencia, pueden optar por programar el número de nacimientos que mejor se ajuste a sus deseos. Los adultos son ahora libres para terminar con relaciones de pareja poco satisfactorias. Se necesita una política familiar que facilite, no que limite, la decisión individual. Se la necesita si las familias no son capaces por sí mismas de conseguir recursos suficientes para asegurar el bienestar de sus miembros.

La formación de familias

El auge de la educación a lo largo de la mitad del siglo pasado ha retrasado la transición a la edad adulta. En los años sesenta, un adolescente empezaba a trabajar a los 16 años, es raro ahora. Por esa época, la mujer europea media se casaba a la edad de 22-23 años y tenía su primer hijo alrededor de los 24 ó 25 (Corijn y Klijzing, 2001; Tabla 13.1). El aplazamiento del primer trabajo, del matrimonio y de los nacimientos es visible en todas partes y, de acuerdo con esto, debe considerarse como resultado de elecciones personales. Lo mismo ocurre con el declive secular de las tasas de fecundidad: de un 3+ en el pasado a menos de un 2, actualmente. Sin embargo, la tasa de fecundidad extremadamente baja en España sugiere la presencia de obstáculos a la forma-

ción de familias inusualmente severos. En el Norte de Europa también se observa un intenso declive de la fecundidad, que alcanzó su mínimo alrededor de 1980, y que se recupera desde entonces en torno a un 1,8. En el Sur de Europa, no se observan signos de recuperación. Existen, además, diferencias dramáticas en cuanto a la edad en la que los jóvenes se independizan de sus padres: muy temprano en Escandinavia; enormes retrasos en el Sur de Europa.

Existen pocas dudas acerca de que la juventud prefiere posponer las responsabilidades de la madurez (Sgritta, 2001). Dicho esto, hay evidencia de que abandonar el hogar paterno se está convirtiendo en algo difícil, particularmente en el Sur de Europa. A la edad de 25, por ejemplo, sólo el 7 por 100 de los varones suecos vive con sus padres comparado con el 54 por 100 en España y el 61 por 100 en Italia (Billari *et al.*, 2001). Todavía es más significativo que la gran mayoría de los escandinavos (al igual que los franceses o alemanes) se independice antes de tener su primera unión sentimental o matrimonio, al contrario de lo que ocurre en el Sur de Europa. En Italia y España el 65 por 100 de los varones no abandona el hogar hasta (o después) del día de su boda (Billari *et al.*, *op. cit.*).

Las razones inmediatas de este aplazamiento de la independencia están claras: el acceso a la vivienda y un empleo estable son claves. De hecho, en los países mediterráneos, los jóvenes se llevan la «parte del león» del desempleo total y del desempleo de larga duración, especialmente. El joven español o italiano medio en busca de su primer trabajo puede esperar alrededor de 2-3 años. En un estudio sobre las condiciones de vida de los desempleados entre 20 y 30 años, encontramos que el 92 por 100 de los italianos residía con sus padres, comparado con menos del 10 por 100 en Dinamarca. Menos del 5 por 100 de los italianos tenían un hijo, comparado con casi el 40 por 100 de los daneses (Bison y Esping-Andersen, 2000).

Debemos considerar también los efectos del Estado del Bienestar. El acceso a una vivienda asequible y un trabajo puede resultar más fácil para un joven escan-

dinavo, pero la diferencia real descansa más en su acceso a un ingreso suficiente. El apoyo del Estado del Bienestar a los jóvenes daneses sin medios es normalmente suficiente para impedir la pobreza; éste no es el caso en el Sur de Europa. Allí los jóvenes resuelven el problema del ingreso permaneciendo en el hogar familiar.

El equilibrio de baja fecundidad

La transición hacia la independencia puede afectar a los plazos del matrimonio y la fecundidad pero no al resultado final. La edad a la que las mujeres tienen su primer hijo ha aumentado similarmente en todas partes, entre los 28 y 29 (Gustafsson, 2001). Si existe tal convergencia a través de sociedades tan distintas, probablemente asistimos a preferencias populares comunes. Parece que el retraso en el primer nacimiento afecta al número total de hijos. Lutz *et al.* (2003) sugieren que el aplazamiento de los primeros nacimientos es la causa principal de las bajísimas tasas de fecundidad en Europa.

Sin embargo, éste no es necesariamente el caso. El comienzo de los primeros nacimientos es bastante similar en Escandinavia y España, y sin embargo las tasas de fecundidad total divergen dramáticamente. Hasta la crisis de 1990, la tasa de natalidad de Suecia era casi el doble que la española; en este momento, la fecundidad danesa supera a la española en un 50 por 100. Estas diferencias tienen poca relación con el porcentaje de mujeres sin hijos. De hecho, lo que realmente importa es la probabilidad de que las mujeres tengan 2+ hijos. Aplazar el primer nacimiento puede disminuir las probabilidades de tener un segundo o tercer hijo, pero, tal y como Dinamarca o Suecia muestran, no las eliminan.

Pero ¿de verdad desean los ciudadanos un segundo o tercer hijo? La evidencia disponible sugiere que sí y, además, que las preferencias en cuanto a fecundidad varían poco según el nivel educativo o el estatus profesional de las mujeres. Como muestran los datos de Van de Kaa (1998: Tabla A5 y A10), muy pocas mujeres op-

CUADRO 1

**PROBABILIDAD DE NACIMIENTOS
EN 6 AÑOS, 1993-1998
(Funciones de supervivencia)**

| País | 1.º hijo (edad de la mujer 18-35) | 2.º hijo (edad 18-49) | 3.º hijo (edad 18-49) |
|-----------------|---|--------------------------|--------------------------|
| Dinamarca. . . | 0,571 | 0,813 | 0,345 |
| España. | 0,309 | 0,700 | 0,181 |

FUENTE: PHOGUE, 6 olas.

CUADRO 2

**PROBABILIDAD DE TENER DOS O MÁS
HIJOS SEGÚN LOGRO EDUCATIVO
Y SITUACIÓN LABORAL DE LAS MUJERES
(En %)**

| | Dinamarca | Alemania | Italia | España | Reino Unido |
|--------------------|-----------|----------|--------|--------|-------------|
| < Secundaria. . | 22 | 30 | 52 | 62 | 40 |
| Secundaria. . . | 37 | 53 | 39 | 20 | 40 |
| Terciaria. | 41 | 17 | 9 | 18 | 20 |
| Empleada. | 77 | 41 | 42 | 32 | 48 |

FUENTE: *Panel de Hogares de la Unión Europea, 1995 ola.*

tan por no tener hijos (el porcentaje se sitúa entre el 2-5 por 100 en la UE), y el porcentaje de las que prefieren sólo un hijo es bastante modesto (alrededor del 10 por 100 de media). Casi el 50 por 100 de las mujeres manifiesta una preferencia por los dos hijos, y un 20 por 100 se declara a favor de 3 o más. Con la excepción de un porcentaje algo mayor de mujeres muy educadas que prefieren un hijo o ninguno, hay sólo pequeñas diferencias según el nivel educativo alcanzado. Claramente hay restricciones muy importantes implicadas, más en algunos países que en otros. Esto puede ilustrarse a través de un análisis de supervivencia, comparando la probabilidad de que una mujer dé a luz a su primer hijo (o, si ya tiene un hijo, a su segundo hijo; y si tiene dos hijos, a un tercero) dentro de un período de seis años.

En el Cuadro 1 comparamos España y Dinamarca, dos países con aproximadamente la misma edad media al primer nacimiento, pero con tasas de fecundidad totales muy diferentes (1,2 en España comparada con 1,8 en Dinamarca).

El Cuadro 1 muestra que en España, casi el 70 por 100 de las mujeres sin hijos de edades comprendidas entre los 18-35, continuarán sin hijos durante los seis años posteriores, comparadas con el 43 por 100 de las danesas. Es evidente que las discrepancias entre los dos países aumentan cuando examinamos la probabilidad de segundos o terceros nacimientos. En España hay muchas menos mujeres que tendrán un segundo o

tercer hijo dentro de los seis años inmediatamente posteriores al primer nacimiento (o al segundo, respectivamente) comparado con Dinamarca (o con cualquier otro país europeo). Como muestra el Cuadro 2, en la mayoría de países de la UE, aunque no en Dinamarca, la probabilidad de tener más de dos hijos desciende si la mujer trabaja, y «toca fondo» entre aquéllas con mayor nivel educativo. De hecho, España parece ser el país en el que resulta más difícil de reconciliar el empleo con tener dos o más hijos.

Puesto que ya sabemos que las preferencias varían poco según el nivel educativo alcanzado, las variaciones en la fecundidad real nos ayudan a especificar las restricciones. Como media, el porcentaje de mujeres con dos hijos o más es un 50 por 100 mayor en Dinamarca que en España. Pero cuando comparamos a las mujeres con estudios superiores, la brecha se convierte en un «abismo» —el porcentaje danés es ahora un 200 por 100 superior—. En esta comparación, Dinamarca es evidentemente el único país en el que tener el número de hijos deseado es un plan realista para las mujeres empleadas universitarias. La prevalencia de mujeres de educación baja-media e inactivas entre las que tienen más de dos hijos en otros países sugiere que hay restricciones muy importantes.

Reconciliar maternidad y empleo

La formación de familias está relacionada con las incompatibilidades a las que se enfrentan las mujeres empleadas. En primer lugar, hay evidencia de que un empleo seguro, protegido y flexible «pro madre» es una precondición para la fecundidad. Las mujeres escandinavas que tienen más de tres hijos están muy concentradas en trabajos del sector público. Existe, de hecho, una sustancial variación en la disponibilidad de empleos «pro madre» a través de Europa. Centremos nuestra atención en el sector público o, un poco más ampliamente, en la educación, servicios sociales y de salud, y en la administración pública, la imagen es la misma. El porcentaje de mujeres en trabajos del sector público varía desde un bajo 23 por 100 en Italia a un 55 por 100 en Dinamarca. España está en la parte baja de la distribución con un 26 por 100 (según estimaciones del Phogue, año 1996).

En la mayoría de países, hay escasez de trabajos «pro-madre» que proporcionen a la vez seguridad y flexibilidad. El empleo a tiempo parcial es muy limitado en países como Italia y España y/o es con frecuencia de baja calidad, como en Reino Unido. También resulta problemática la concentración de adultos jóvenes en el desempleo y en los segmentos precarios del mercado de trabajo; de nuevo, España destaca. Considerando que un buen trabajo es cada vez más una prioridad para las mujeres jóvenes, la precariedad implica que las mujeres encuentren difícil de conciliar la maternidad y las carreras. De hecho, las tasas de actividad femenina pueden resultar bajas en el Sur de Europa pero éste es un fenómeno fundamentalmente generacional. Debido a que las mujeres españolas ahora priorizan los trabajos y se enfrentan al mismo tiempo a la precariedad, acaban sacrificando la maternidad simplemente porque es incompatible con el empleo. En resumen, hay evidencia sólida de que la inseguridad percibida en el mercado de trabajo constituye la barrera más importante a la formación de una familia.

El empleo a tiempo parcial es a menudo fundamental cuando los niños son pequeños (Blossfeld y Hakim, 1997). En muchos países de la UE los trabajos a tiempo

parcial son escasos. Los sindicatos, con alguna justificación, se resisten a la generalización de este tipo de empleos por considerarlos a menudo un sinónimo de precariedad. Pero la flexibilidad de horario no debería ser asociada con la precariedad, como demuestran los países nórdicos y Holanda. Una comparación entre Dinamarca y Holanda nos da mucha información acerca de cómo combinar horarios flexibles con la oferta pública de cuidados y las preferencias laborales femeninas. En Dinamarca, la gran mayoría de las madres regresa muy rápido al empleo de jornada completa, una vez que terminan su baja por maternidad y sus hijos están seguros en la guardería. Por ello, la tasa de empleo a tiempo completo entre las madres danesas con hijos en edad preescolar es del 63 por 100. En Holanda, la mayoría de las madres de hijos pequeños se queda en trabajos a tiempo parcial, en su mayoría porque las guarderías son escasas (y sólo de medio día) y porque las madres holandesas todavía confían en la ayuda de las abuelas.

Más generalmente, los análisis de regresión de los datos del Phogue sugieren que en la mayoría de los países es bastante fácil tener 2+ hijos cuando se tiene un empleo de media jornada. Las incompatibilidades se hacen más severas para las madres con jornada completa, pero sólo en algunos países. En Dinamarca y Francia éste no parece ser el caso.

A menudo es menos importante el número de hijos que sus edades. En la medida en que el compromiso de las mujeres por el empleo de por vida se fortalece, se hacen enormes los costes de oportunidad asociados con las interrupciones para cuidar niños. Una interrupción de 5 años, puede (debido a la erosión de las cualificaciones y la pérdida de experiencia) resultar en una penalización acumulada de 1,5 por 100 o más de los ingresos por año. Una madre que interrumpe 5 años y después retorna para otros 25 pierde, en este sentido, el 40 por 100 de los ingresos potenciales.

El factor clave parece ser el hecho de que el coste de los hijos ha aumentado, tanto para las mujeres como para la sociedad. La «penalización por hijo» está aumentando con el logro educativo alcanzado por las mujeres y la me-

jora de sus poder salarial —todo ello al mismo tiempo que el deterioro de los salarios de los varones jóvenes y menos educados. Para la sociedad, esta «penalización por hijo» toma la forma de dos males que compiten entre sí: o niveles de empleo subóptimos, si las madres se ven obligadas a abandonar su trabajo, o tasas de fecundidad subóptimas, si las mujeres renuncian a la maternidad. Nuestras sociedades cada vez más envejecidas no pueden permitirse ninguno de estos males y, consecuentemente, el coste de los hijos debe ser redistribuido.

La evidencia establece claramente que guarderías asequibles y adecuadas, para niños de 1-3 años, es una precondition de la compatibilidad. Es importante entender correctamente la cuestión de la asequibilidad. Los precios de mercado actuales de los servicios de cuidados de calidad están en todas partes fuera del alcance de la mayoría de las mujeres trabajadoras. Una guardería a tiempo completo durante todo el año para 1 ó 2 hijos fácilmente absorberá entre un 30-50 por 100 del salario medio de una mujer. El coste de la guardería no supone sólo un impuesto sobre el empleo de la madre, sino que, de hecho, se convierte en un impuesto muy regresivo. Ello tiene además efectos perversos debido a que las mayores reservas de mano de obra se dan entre las mujeres menos educadas. No hace falta recordar que el objetivo de elevar la tasa de actividad femenina pasa por movilizar a estas mujeres menos educadas.

La solución obvia es facilitar el acceso a través de las subvenciones. Dinamarca y Suecia, los países de vanguardia a este respecto, ofrecen una subvención equivalente a dos tercios del coste y han alcanzado una cobertura prácticamente universal para niños menores de 3 años. La política de deducciones fiscales seguida en muchos países, incluyendo España, debe ser considerada como ineficiente y desigual, ya que beneficia principalmente a los hogares con mayores ingresos. Si las subvenciones fallan, las madres trabajadoras tendrán que recurrir a las soluciones «familiares». Un buen indicador del «familismo» es el cuidado de niños a cargo de mujeres entre los 50-64 años (las abuelas, esencialmente). EUROSTAT (2002) da cuenta de que la media

de horas semanales que este grupo de mujeres dedica a cuidar niños pequeños es de 27 en la UE, y 35 en España. Una política familista asume, por supuesto, que el tiempo voluntario de las abuelas está disponible. En la medida en que el empleo femenino de por vida se convierta en la norma, esta reserva desaparecerá.

La asequibilidad es condición necesaria, pero no suficiente, a menos que los servicios no sean los adecuados. Esto significa que los horarios de las guarderías deben adecuarse al horario laboral de los padres. Muchos países de la UE exhiben unas altas tasas de cobertura en los Kindergarten (de 3-6 años). Estas estadísticas son engañosas desde el punto de vista de compatibilizar maternidad y empleo. El horario de asistencia está a menudo limitado a las mañanas y es inadecuado para los padres con jornada laboral completa, que son mayoría en países como Italia y España. Lo mismo ocurre con el horario escolar. Muchos países de la UE podrían aprender de la tradición danesa de ofrecer todo un amplio menú de actividades postescolares.

El bienestar en familias con hijos

La investigación muestra que las familias con hijos afrontan problemas económicos cada vez mayores (Bradbury *et al.*, 2001; Vleminckx y Smeeding, 2001). En la mayoría de los países su renta disponible se ha ido deteriorando y la pobreza ha aumentado —en algunos países de forma alarmante—. La amenaza nace de diversos frentes. La nueva demografía es una, en particular porque familias monoparentales aumentan. El nuevo mercado de trabajo es otra, en particular debido al decreciente poder adquisitivo de los trabajadores jóvenes, y también porque el desempleo y el empleo precario se concentran en una gran proporción entre los adultos jóvenes. La fuerte homogamia educativa tiende a producir una polarización del bienestar entre hogares. Desempleo y precariedad tienden a concentrarse en el mismo tipo de familias. El Cuadro 3 resume de forma general la pobreza de renta en las familias con niños de hoy.

CUADRO 3

TASAS DE POBREZA Y TENDENCIAS EN FAMILIAS CON HIJOS*

| País | Tasas de pobreza en familias con hijos, mediados de 1990 | Tendencia en pobreza infantil, 1980-mediados 1990 | Tendencia en pobreza extrema en familias con hijos** | Pobreza madre sola, mediados 1990 madre trabajadora | Pobreza madre sola, mediados 1990 madre inactiva |
|-----------------------|--|---|--|---|--|
| Dinamarca | 2,4 | | -0,1 | 10 | 34 |
| Suecia | 2,2 | -1,3 | +0,4 | 4 | 24 |
| Francia | 7,0 | -0,4 | -1,9 | 13 | 45 |
| Alemania | 14,1 | +10,0 | +3,3 | 33 | 62 |
| Italia | 18,6 | +7,4 | +6,0 | 25 | 79 |
| Reino Unido | 14,3 | +3,8 | +2,7 | 26 | 69 |
| EE UU | 21,4 | +2,5 | +1,1 | 39 | 73 |
| España | 9,5 | 0,0 | -0,3 | *** | *** |

NOTAS: * La pobreza se ha medido como < 50 por 100 de la mediana de la renta disponible equivalente (usando las nuevas escalas de equivalencia de la OECD).

** Extrema pobreza considerada < 33 por 100 de la mediana equivalente de la renta disponible.

*** La tasa de pobreza de madres solas en España es del 24,0 por 100. No es posible desagregar por situación laboral de la madre.

FUENTE: LIS Base de datos.

Como se puede comprobar, hay un notable incremento en la pobreza infantil dentro de los países de la OCDE. El nivel de pobreza en España es alto, pero ha permanecido estable hasta la mitad de los noventa. Especialmente preocupante es el incremento de la pobreza extrema, aunque las variaciones internacionales son significativas. Un nivel bajo de pobreza se mantiene en los países nórdicos, mientras que los países anglosajones, con Italia y ahora también Alemania, presentan riesgos alarmantes de pobreza. Entre los extremos, encontramos países como Holanda, Bélgica y España. No resulta tan sorprendente que la pobreza de las madres solas sea usualmente más común y en algunos países la norma. En este sentido, la buena situación de España al respecto (24 por 100) es una sorpresa. Pero debemos tener en cuenta tres factores relacionados con la maternidad en solitario en España. Primero, su porcentaje es bastante bajo (cerca del 4 por 100 de todas las familias con hijos); en segundo lugar, es menos probable que las madres solas tengan estudios bajos (como ocurre en Reino Unido y EE UU); y, tercero, muchas madres solas en España no viven solas en realidad, sino que se mu-

dan con otros adultos, mayoritariamente familiares, como hermanas o padres.

La pobreza infantil depende en primer lugar de si las madres están empleadas. Allí donde lo están, el riesgo de pobreza decrece abruptamente; en las familias con dos padres, a niveles insignificantes. El éxito nórdico en minimizar la pobreza infantil es en realidad menos debido a generosas transferencias sociales que al mero hecho de que prácticamente todas las madres trabajan (las tasas de actividad de las madres solas en Dinamarca y Suecia rondan el 80 por 100). En el Reino Unido y EE UU, el empleo de las madres solas es bajo y es la razón fundamental por la que las tasas de pobreza son extremadamente altas. Las estimaciones con regresión sugieren que el riesgo de pobreza infantil en un país típico de la OCDE se incrementa en un factor de 3-4 (en hogares con dos padres) y 5-7 (en hogares con la madre sola) cuando las madres no trabajan (Esping-Andersen, 2002: Tabla 2.4).

El significado de la pobreza depende mucho de su duración. Un período corto, si realmente es corto, es poco probable que tenga efectos duraderos. El problema

aparece cuando la pobreza y la inseguridad se convierten en una experiencia crónica en las vidas de las personas. Las buenas noticias son que una vasta mayoría de ellas experimenta escasez económica intermitentemente y por períodos relativamente breves. Las malas noticias son que existe una importante minoría de ciudadanos verdaderamente atrapados. El tamaño de esta minoría está correlacionado con el perfil general de las desigualdades del país. Allí donde las desigualdades económicas son pequeñas, como en Escandinavia, la duración de la pobreza es más corta (OCDE, 2001). Si computamos la duración de la pobreza media del PHOGUE vemos ampliamente confirmada esta conclusión. La duración media en España es de 3,2 años y, en el caso de pobreza extrema, de 2,5 años. Esto coloca a España en el grupo de países con pobreza muy persistente (ver Cuadro 4). Si nuestro primer objetivo es asegurar las oportunidades de vida de los ciudadanos, las políticas necesitan establecer garantías contra estas trampas de largo plazo.

La moda política actual enfatiza las medidas de estímulo del empleo, tales como ayudas condicionadas al trabajo, como la estrategia más efectiva para combatir la pobreza y la dependencia del bienestar. Ahora bien, puesto que la probabilidad de pobreza a largo plazo está asociada con las desigualdades, debemos preocuparnos también por la distribución de la renta. Podemos disminuir las desigualdades de renta a través de mecanismos de fijación de salario, o por la vía alternativa de la redistribución. La primera es una vía cada vez menos probable, ya que los gobiernos están desregulando progresivamente los mercados de trabajo. Por el contrario, existen poderosas razones por las cuales los gobernantes deberían asegurar unos ingresos adecuados a las familias con hijos. Por un lado, los niños son un bien para los padres y también para la sociedad. Cuanto más sanos y fuertes son, mayor es el activo. Si ello es así, deberíamos considerar a los ciudadanos sin hijos como *free riders* de los que tienen hijos y, de acuerdo con ello, deberían ser gravados fiscalmente. En segundo lugar, los costes financieros de eliminar la pobreza en las fami-

CUADRO 4

PERSISTENCIA DE LA POBREZA INFANTIL: MEDIA DE AÑOS EN LA POBREZA, 1994-1999

| País | Pobreza | Extrema pobreza |
|-----------------------|---------|-----------------|
| Dinamarca | 2,00 | 1,00 |
| Alemania | 2,24 | 1,71 |
| Francia | 3,47 | 1,50 |
| España | 3,21 | 2,51 |
| Italia | 3,25 | 2,49 |
| Reino Unido | 2,93 | 1,92 |

NOTAS: Estimaciones referidas a hogares con cabeza de familia entre 25-55 años y niños menores de 16 entre 1994-1999. Pobreza < 50 por 100 (extrema pobreza < 33 por 100) de la mediana del ingreso de todos los hogares con hijos. Sólo aquellos hogares considerados pobres (extremadamente pobres) en 1994 están en la muestra. Estimaciones basadas en la escala de equivalencia modificada de la OCDE.
FUENTE: Panel de Hogares de la UE (PHOGUE).

lias con hijos son sorprendentemente bajos, casi insignificantes, en países donde el nivel de empleo de las madres es alto. El coste estimado sería 0,26 por 100 del PIB en Reino Unido, 0,16 del PIB en España, y un mero 0,01 por 100 del PIB en Dinamarca y Suecia (Esping-Andersen, 2002; Tabla 2.9).

Pero, sin duda, el argumento más poderoso para combatir la pobreza infantil es que puede tener consecuencias muy negativas a largo plazo para las oportunidades de vida de los niños. La economía del conocimiento eleva los requisitos necesarios para gozar de unas buenas condiciones de vida, castigando a los que no tienen las destrezas adecuadas y premiando a los que las tienen. Estas competencias y cualificaciones requeridas están cambiando. Por supuesto, las credenciales de la educación formal continúan siendo fundamentales. Una abundante literatura muestra que los ingresos provenientes de la educación están creciendo (Card, 1999; Bowles *et al.*, 2001). Aun así, diferentes dimensiones del capital humano están ganando importancia, especialmente las habilidades cognitivas. Y, como numerosas investigaciones han demostrado, los progra-

mas compensatorios tardíos son ineficaces a menos que la persona posea las destrezas cognitivas adecuadas desde el comienzo. Éstas se desarrollan muy tempranamente en la vida del niño —en buena parte incluso de la etapa preescolar— (Heckman, 1999).

En otras palabras, las oportunidades de vida continúan sobredeterminadas por lo que ocurre en la vida de los niños antes de su primer encuentro con la escuela —es decir, en su familia de origen—. ¿Cuáles son exactamente los atributos de las familias que ayudan a perpetuar oportunidades desiguales de vida? Y, ¿pueden las políticas influir en ellas?

La investigación contemporánea enfatiza la importancia del ingreso paterno porque éste resulta decisivo para la capacidad de los padres de invertir en el futuro de sus hijos. Un gran número de estudios demuestra que el ingreso de la descendencia está fuertemente correlacionado con el de los padres. Un sorprendente hallazgo en comparaciones internacionales es que el efecto del origen social es más fuerte en países como Reino Unido y EE UU que en Escandinavia o Alemania (Solon, 1999; Corak, 2004), lo que sugiere que la herencia de clase es más fuerte en sociedades no igualitarias.

Hay también abundante evidencia de que la escasez económica y la inseguridad tienen serios efectos negativos en el logro educativo de los niños, la capacidad de ingresos subsiguiente y, quizá, lo más alarmante, sobre la probabilidad de que, una vez, adultos, se conviertan también en padres pobres (Haveman y Wolfe, 1995; Duncan y Brooks-Gunn, 1997; Mayer, 1997). Largos períodos de pobreza son especialmente dañinos y es importante que la sociedad proporcione vías para salir de la pobreza. De nuevo, la evidencia comparativa muestra que la movilidad para escapar a la pobreza está relacionada con la desigualdad total: es más probable que sociedades desiguales, como EE UU exhiban una pobreza persistente que las sociedades más igualitarias (Bradbury *et al.*, 2001).

Todo ello sugiere que un ataque frontal a la pobreza en las familias con hijos sería una herramienta efectiva en la búsqueda de oportunidades más iguales. Y si el

antídoto más poderoso contra la pobreza infantil reside en el empleo de las madres, resolver el problema de la incompatibilidad de las mujeres es la piedra angular de cualquier equilibrio de bienestar futuro: apoya la formación de familias, ayuda a disminuir la pobreza infantil y restaura el equilibrio demográfico en la población envejecida del mañana.

Pero resulta de vital importancia que no arrojemos al niño con el agua del baño. El empleo de las madres pudiera muy bien ser una solución decisiva, pero ningún gobierno hasta ahora inventado es capaz de garantizar esto de forma efectiva. Por un lado, el poder adquisitivo de las madres solas es a menudo modesto; por otro lado, el desempleo y el empleo precario son mayoritarios entre las mujeres jóvenes, especialmente en España. Es por esto por lo que las garantías de ingreso son vitales y, sobre todo, una justa transferencia social en la medida en que aquellos ciudadanos sin hijos son los *free-riders* del sistema.

6. Conclusión

Los análisis anteriores sugieren que hay dos cuestiones claves relativas a la política familiar contemporánea. Una, apoyar a las madres trabajadoras; la segunda, minimizar la inseguridad económica de las familias con hijos. Ambas se condensan en una, ya que, en buena medida, invertir en niños es sinónimo de conciliación de empleo y maternidad. Los gobiernos de la UE han reconocido de forma generalizada la importancia y urgencia de esto y, así, hay un consenso cada vez mayor a favor de políticas «pro madre», es decir, combinación de la baja por maternidad, baja por paternidad y la subvención de guardería.

Este consenso corre el riesgo de convertirse en una complacencia que ponga en peligro futuras reformas. Por un lado, es evidente que este paquete de políticas «pro madre» es necesario, pero resulta un remedio insuficiente si tenemos en cuenta que las condiciones de inseguridad en el empleo son un impedimento fundamental para la formación de familias. Es poco probable

que seamos capaces de reconciliar plenamente el empleo femenino con los niveles de fecundidad deseados a menos que combinemos seguridad en el empleo con servicios de guardería. Por otro lado, tras del amplio consenso sobre fines tales como apoyar a las madres trabajadoras, hay discrepancias básicas en la respuesta política. La respuesta española hasta ahora, fundamentalmente ha puesto el acento en las deducciones fiscales como forma de compensar a las familias, y ha hecho poco —o ningún— esfuerzo por incrementar la oferta de servicios asequibles. La política de deducciones fiscales es claramente regresiva en términos distributivos e inefectiva como estrategia para disminuir la pobreza infantil o para incrementar los niveles de empleo de las mujeres con bajos ingresos. Y el fracaso en la construcción de una infraestructura adecuada de servicios significará, mirando hacia adelante, niveles de empleo subóptimos y/o una continuación del actual equilibrio de baja fecundidad. La conclusión es evidente: en la nueva sociedad necesitamos «desfamiliarizar» la política social a fin de maximizar el bienestar familiar y social.

Referencias bibliográficas

- [1] BERNARDI, F. (1999): *Donne fra Famiglia e Carriera*, Milano, FrancoAngeli.
- [2] BIEN, W. (2000): «Changing Values among the Future Parents of Europe», *Ponencia presentada en el European Observatory on Family Matters*, Sevilla 15-16 septiembre.
- [3] BILLARI, F.; PHILIPPOV, D. y BAIZAN, P. (2001): «Leaving Home in Europe: The Experience of Cohorts Born around 1960», *International Journal of Population Geography*, 7, páginas 339-56.
- [4] BISON, I. y ESPING-ANDERSEN, G. (2000): «Unemployment, Welfare Regime, and Income Packaging», páginas 69-86 en D. GALLIE y S. PAUGAM (eds.): *Welfare Regimes and the Experience of Unemployment*, Oxford, Oxford University Press.
- [5] BLAU, D. (2001): *The Childcare Problem*, Nueva York, Russell Sage.
- [6] BLOSSFELD, H. P.; GIANELLI, G. y MAYER, K. U. (1993): «Is There a New Service Proletariat? The Tertiary Sector and Social Inequality in Germany», páginas 109-135, en G. ESPING-ANDERSEN (ed.): *Changing Classes. Stratification and Mobility in Postindustrial Societies*, Londres, Sage.
- [7] BLOSSFELD, H. P. y HAKIM, K. (1997): *Between Equalization and Marginalization*, Oxford, Oxford University Press.
- [8] BOURDIEU, P. (1983): «The Forms of Capital», páginas 241-58, en J. RICHARDSON (ed.): *Handbook of Theory and Research in the Sociology of Education*, Westport, CT, Greenwood.
- [9] BOWLES, S.; GINTIS, H. y OSBORNE, M. (2001): «The Determinants of Earnings: A Behavioural Approach», *Journal of Economic Literature*, XXXIX, páginas 1137-1176.
- [10] BRADBURY, B.; JENKINS, S. y MICKLEWRIGHT, J. (2001): *The Dynamics of Child Poverty in Industrialized Countries*, Cambridge, Cambridge University Press.
- [11] BREEN, R. (2001): «A Rational Choice Model of Educational Inequality», *Instituto Juan March Working Paper*, 166, octubre.
- [12] CARABAÑA, J. (1999): *Dos estudios sobre movilidad intergeneracional*, Madrid, Fundación Argentaria.
- [13] CARD, D. (1999): «The Causal Effect of Education on Earnings», en O. ASHENFELTER y D. CARD (eds.): *Handbook of Labor Economics*, volumen 3, Nueva York, Elsevier.
- [14] CORAK, M. (2001): «Are the Kids All Right? Intergenerational Mobility and Child Well-being in Canada», *Working Paper*, número 171, *Family and Labour Studies, Statistics Canada*.
- [15] CORAK, M. (ed.) (2004) de próxima aparición: *The Dynamics of Intergenerational Income Mobility*, Cambridge, Cambridge University Press.
- [16] CORCORAN, M.; GORDON, R.; LAREN, D. y SOLON, G. (1992): «The Association between Men's Economic Status and their Family and Community Origins», *Journal of Human Resources*, 27, 575-601.
- [17] CORIJN, M. y KLIJZING, E. (2001): «Transitions to Adulthood in Europe», páginas 313-340, en M. CORIJN y E. KLIJZING (eds.): *Transitions to Adulthood in Europe*, Londres, Kluwer.
- [18] CURRIE, J. (2001): «Early Childhood Intervention Programs», *Journal of Economic Perspectives*, 15, 213-238.
- [19] DANZIGER, S. y WALDVOGEL, J. (2000): *Securing the Future. Investing in Children from Birth to College*, Nueva York, Russell Sage.
- [20] DEL BOCA, D. (2002): «Do Child Care Costs Affect Labour Supply?», *Working Paper*, número 18, Centre for Household, Income, Labour and Demographic Economics, University of Torino.
- [21] DUNCAN, G. y BROOKS-GUNN, J. (1997): *Consequences of Growing up Poor*, Nueva York, Russell Sage Foundation.
- [22] DUNCAN, G. et al. (1998): «The Effects of Childhood Poverty on the Life Chances of Children», *American Sociological Review*, 63, 406-23.
- [23] ESPING-ANDERSEN, G. (ed.) (1993): *Changing Classes*, Londres, Sage.

- [24] ESPING-ANDERSEN, G. (2002): *Why We Need a New Welfare State*, Oxford, Oxford University Press.
- [25] EUROSTAT (2002): *The Life of Women and Men in Europe*, Luxembourg, European Commission.
- [26] FLACQUER, L. (2000): *Las políticas familiares en una perspectiva comparada*, Barcelona, La Caixa.
- [27] GREEN, D. A. y RIDDELL, W. C. (2000): *Literacy, Numeracy and Labour Market Outcomes in Canada*, original no publicado, Department of Economics, University of British Columbia, mayo.
- [28] GUSTAFSSON, S. (2001): «Optimal Age at Motherhood», *Journal of Population Economics*, 14, 2, 225-47.
- [29] HAVEMAN, R. y WOLFE, B. (1995): *Succeeding Generations. On the Effects of Investments in Children*, Nueva York, Russell Sage Foundation.
- [30] HECKMAN, J. (1999): «Doing It Right: Job Training and Education», *The Public Interest*, primavera, páginas 86-106.
- [31] JENSEN, P. (2002): *The Postponement of Child Birth: Does it Lead to a Decline in Completed Fertility or is There a Catch-up Effect?*, original no publicado, Department of Economics, Aarhus University, noviembre.
- [32] KOHLER, H.; BILLARI, F. y ORTEGA, J. (2002): «The Emergence of Lowest-low Fertility in Europe During the 1990s», *Population and Development Review*, 28, 641-680.
- [33] KORPI, W. y PALME, J. (1998): «The Paradox of Redistribution and Strategies of Equality», *American Sociological Review*, 63, 661-87.
- [34] LUTZ, W.; O'NEILL, B. y SCHERBOV, S. (2003): «Europe's Population at Turning Point», *Science*, volumen 299, páginas 1991-92.
- [35] MACHIN, S. (1998): «Childhood Disadvantage and Intergenerational Transmissions of Economic Status», en A. ATKINSON y J. HILLS (eds.): *Exclusion, Employment and Opportunity*, London School of Economics (CASE).
- [36] MAYER, S. (1997): *What Money Can't Buy*, Cambridge, Mass., Harvard University Press.
- [37] MULLIGAN, C. B. (1997): *Parental Priorities and Economic Inequality*, Chicago, University of Chicago Press.
- [38] OECD (2000): *Literacy in the Knowledge Society*, París, OECD.
- [39] OECD (2001): *Education at a Glance*, París, OECD.
- [40] OECD (2001): *Knowledge and Skills for Life*, París, OECD.
- [41] PRESTON, S. (1984): «Children and the Elderly in the United States», *Scientific American*, 251, 44-59.
- [42] SGRITTA, G. (2001): «Family and Welfare Systems in the Transition to Adulthood», *ponencia presentada en el European Observatory on the Social Situation, Demography and Family*, Milán, 20-22 septiembre.
- [43] SOLON, G. (1999): «Intergenerational Mobility in the Labor Market», páginas 1762-1800, en O. ASHENFELTER y D. CARD (eds.): *Handbook of Labor Economics*, volume 3A, Nueva York, Elsevier.
- [44] SOU (2001): *Valfard I Sverige. Bokslutning*, Stockholm, Sveriges Offentliga Utredningar.
- [45] VAN DE KAA, D. (1998): «Postmodern Fertility Preferences: From Changing Value Orientation to New Behaviour», *Working Papers in Demography*, número 74, Australian National University.
- [46] VLEMINCKX, K. y SMEEDING, T. (2001): *Child Well-being, Child Poverty and Child Policy in Modern Nations*, Bristol, Policy Press.
- [47] WALDVOGEL, J. (2002): «Child Care, Women's Employment, and Child Outcomes», *Journal of Population Economics*, 15, 527-48.